

Antes rotos que rojos



La operación de acoso y derribo se ha consumado. El Secretario General ha tenido que dimitir tras caer los *oficialistas* en una *autotrampa* en el Comité Federal, donde la votación ha esquivado el tema central que divide al PSOE: facilitar o no el gobierno del PP. *That is the question*. Eliminado el obstáculo Sánchez, la *abstención* está cantada. Pero ahora con el *disfraz* de un lastimero *no hay más remedio*, debido a la *crisis* del partido... provocada por los mismos que *farisaicamente* se lamentan. La repetición de una *farsa* devenida en *tragedia*, al contrario de lo que suele ser habitual en la historia.

El desenlace era previsible, porque es mucho lo que está en juego: la posibilidad de que se articule una *alternativa* de gobierno que pudiera poner en cuestión el consenso *neoliberal* sobre la defensa cerrada del sistema socioeconómico capitalista, *cueste lo que cueste* (desplome electoral con Zapatero, fractura y defenestración con Pedro Sánchez). Y más en tiempos de crisis *sistémica* y contestación *ciudadana* ante las políticas de *austeridad* implementadas para superarla. Lo lamentable es que la derrota de los *oficialistas* no se queda en *casa*, sino que afecta a toda la izquierda. Es algo que no han calibrado bien los *críticos*. Ahora tendrán que enfrentarse a la previsible *rebelión de las bases*. Porque la *sociedad de la información* y la *comunidad en red* supone, de facto, la incorporación de la *democracia participativa deliberativa y directa* a la vida pública, y cada vez condicionará más la actividad política. Esa *rebelión de las bases* es la única esperanza de *revertir* un proceso de difícil vuelta atrás, salvo que los *oficialistas ganen* las futuras primarias para elegir nuevo Secretario General. Porque un partido socialista (olvidemos de una vez eso de *obrero*) derechizado (*felipetizado*) amplía gravemente las ya de por sí enormes dificultades para formar un gobierno progresista y de izquierdas en nuestro país. Por eso, no entiendo bien la *euforia* mal disimulada de Podemos, autoproclamándose la única *alternativa* al PP; o la ingenua

llamada a la *afiliación* de IU. Parece que ninguno de ellos está libre de problemas: Podemos, tras inspirarse en el *populismo* de Laclau, se *reinventa* hacia una versión *castiza* de la socialdemocracia escandinava; UP-IU, deambula cual sonámbulo sin meta, una vez desaparecido el modelo soviético. Y, hasta ahora, ambos carecen de una *estrategia* clara y viable de *transformación*, bien por no proponérselo bien por no sepan cómo hacerlo. Nada nuevo en una izquierda acostumbrada a navegar entre divisiones, fracturas, y peleas internas.

Una readaptación imposible

La pugna entre *oficialistas* y *críticos* no es más que la expresión *orgánica* de un proceso recurrente en las filas socialdemócratas, un ejemplo más del conflicto latente en un partido que se debate entre su *alma fundacional marxista* y anticapitalista y un *pragmatismo* que les lleva a aceptar el sistema como el único marco para la acción reformista. Lo vivimos en nuestro país con el enfrentamiento entre Largo Caballero (el *Lenin* español) e Indalecio Prieto; entre la dirección en el exilio y los jóvenes *renovadores* del interior; en el *tour de force* de Felipe González en el XXVIII congreso para *desmarxistizar* el PSOE; y ahora con el cínico, desleal, hipócrita y repugnante acoso y derribo de Pedro Sánchez.

Ante este panorama uno no puede por menos que sentir admiración por el coraje de Pedro Sánchez proponiendo una clara definición de izquierdas en un partido que ha rematado su viaje hacia ninguna parte con el giro neoliberal de Zapatero, el *cándido*, al que no le tembló el pulso a la hora de aplicar la primera tanda de *ajustes* y *recortes*, mientras aceptaba su destino con aquel heroico *me cueste lo que me cueste...* un elevado precio que han terminado pagando los trabajadores. Pocos se esperaban, y con sobradas razones, la capacidad de resistencia del Secretario General de los socialistas, enfrentado al fuego cruzado de los poderes económicos, políticos, institucionales (*ejemplar* la conducta de la Vicepresidenta en *funciones* arremetiendo contra Sánchez y su propuesta de gobierno *frankenstein*) y mediáticos, con El País como punta de lanza de la *Gran Coalición* primero, la *abstención* después, y la *defenestración* finalmente. Y mucho menos el *órdago* en toda regla a sus *enemigos fraternos*, que desde el principio le han considerado un incómodo *intruso* en la *oligárquica* estructura del PSOE. No era *uno de los suyos*. De ahí que la labor de zapa se iniciara al poco tiempo de ganar en las bases lo que antes se decidía en la cúpula endogámica del *aparato*. Pero lo que ha colmado el vaso y desatado la furia de *baronías* y dirigentes *social-liberales* ha sido su intento de formar un gobierno de *izquierdas*. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Y, obviamente, no se ha llegado.

Lo lamentable es que el frente anti Sánchez debería saber, y los más lúcidos saben, que una posición *subordinada* a los interés del PP (ahora la *investidura*, luego los *presupuestos*, después los *ajustes* pactados con Bruselas, etc. compensados con algunas concesiones en temas menos *sensibles*)) significaría la *laminación* electoral del PSOE. No importa. ¡*Antes rotos que rojos!*. Van camino de conseguirlo. Mientras, en el Partido Popular y su nuevo socio Albert Rivera no disimulan su regocijo, y se preparan encantados para una nueva legislatura que les permita anunciar a la *inquieta* Comisión Europea que tras el *caos* de la crisis vuelve a reinar el *orden* en España. Ya solo les queda Portugal para rematar la faena tras la *neutralización* de Grecia.

La crisis y sus turbulencias

Pero profundicemos en el análisis. Lo que estamos presenciando en el PSOE, como en las disputas internas de Podemos, o las dificultades de IU por *reinventarse*, son la manifestación del efecto de la crisis *sistémica* de 2008 en el *fluido* de la política, y la consiguiente formación de intensas *turbulencias* sociales. Esta situación *caótica* de difícil *amansamiento* ha trastocado el tablero electoral, aunque de momento en menor medida de lo que algunos catastrofistas y *asaltadores de los cielos* suponían, obligando a *redefinir* su papel a los partidos en el eje *derecha-izquierda*, con un *centro liberal* que busca desesperadamente su plasmación electoral e institucional ante una dinámica de *estiramiento* de los extremos. Así, el espacio *centro-derecha* y *centro-izquierda* se diluye ante la tensión generada por la crisis, lo que obliga al PSOE, pero también al *transversal populismo* de Podemos, a definirse.

Lo que empezó siendo un debate *táctico* sobre si era posible una alternativa de gobierno a Rajoy (y en qué condiciones), ha terminado por hacer que aflorara el debate soterrado de qué significa ser socialista en la actual fase histórica de *agotamiento* del sistema capitalista desarrollado, y su incapacidad para resolver las crisis sin causar un grave deterioro de las condiciones sociales y ambientales. Crisis que ha dado origen a una fuerte contestación ciudadana, socavando el viejo liderazgo de la socialdemocracia, y *angostando* su campo de acción política por la aparición de nuevos agentes políticos a su izquierda.

Lo paradójico es que algunos de los que deberían *abonar* esa posibilidad de gobierno alternativo se hayan empeñado en hacerla imposible con exigencias inasumibles, facilitando el triunfo de los críticos de Pedro Sánchez y, en consecuencia, la permanencia de Mariano Rajoy en el gobierno. Pero de eso ya he hablado suficientemente, y ya no tiene vuelta de hoja. Las lecciones en política solo pueden ser *autoimpartidas* mediante el examen *crítico* de los resultados. Y esa tarea es urgente si no se quiere caer en la inoperancia. La tienen que hacer los que intentaron, con más ilusión que conocimiento de la fuerza del *aparato*, dar un giro a la izquierda en el PSOE; la tiene que hacer Podemos para superar sus *indefiniciones*; y la tiene que hacer Izquierda Unida, si quiere que su *reformulación* tenga sentido *estratégico*.

Las *indefiniciones*, sean *oportunistas*, *populistas*, o fruto de una fase de *reformulación* teórico-política, tienen poco recorrido ante los desafíos de una crisis *sistémica* que tira de los extremos a la hora de aplicar salidas. La interesada cantinela de que las elecciones se ganan en el centro, que responde a la necesidad de neutralizar las propuestas políticas de izquierdas, solo tiene éxito en situaciones de *bonanza* económica que permiten la *emergencia* de un importante sector de la población (la llamada *clase media*) cuya mejora socioeconómica le hace poco proclive a apoyar cualquier propuesta que pueda poner (o que se le *vendan* que puede poner) en peligro su nuevo *status consumista*. La realidad es que las batallas se ganan en la derecha o en la izquierda, y lo hace el que consiga atraer a su campo a esa amplia capa social machacada por la crisis. Una pugna, para expresarla en términos coloquiales, entre los que ofrecen como solución *austeridad*, *ajustes* y *sufrimiento*, tanto en su versión *dura* del PP, como en la *blanda* (mayor sensibilidad social y tímida defensa del Estado del Bienestar) del PSOE; y los que proponen soluciones de izquierda *viabiles*, pero enmarcadas en un *horizonte transformador*. Si salir de la crisis tiene un precio,

que al menos lo pague también el sistema capitalista.

Reagrupar la fuerzas para una salida socialista

Situándonos desde la perspectiva de los *intereses* socio-laborales de los trabajadores, y la posición política de la izquierda *transformadora*, es evidente que la batalla interna del PSOE era de vital importancia y el fracaso de Pedro Sánchez una pésima noticia. Solo los que siguen inmersos en la *ensoñación populista* de una *jibarización* de los socialistas como condición *sine qua non* para alcanzar el poder, pueden alegrarse con el triunfo de las fuerzas derechistas, la defenestración de Pedro Sánchez, y el paso de los socialistas a la otra *orilla*. La realidad es que no es posible, hoy por hoy, un gobierno de izquierdas sin la participación *significativa* del PSOE; lo mismo que el PSOE no se puede plantear formar un gobierno sin la participación *determinante* de Unidos Podemos. ¿O alguien piensa que eliminado Sánchez, con otro Secretario General sería mas factible un acuerdo de gobierno de izquierda en nuestro país?.

¿Qué le interesa a la izquierda *transformadora*, un PSOE *embridado* para que no tenga más tentaciones *socialistas*, aunque sean muy moderadas; o un PSOE que se sitúe, como pretendía Pedro Sánchez, en la *izquierda* aunque sea mirando al *centro*?. La contestación depende de como se valore *estratégicamente* a los socialistas. Si de lo que se trata es de sustituirlos (al parecer, también en su papel *socialdemócrata*, tal como ha hecho Syriza en Grecia) lo mejor es su decantación hacia la *derecha*; si, por el contrario, se considera que durante bastante tiempo va a ser imposible articular un gobierno y políticas de izquierda sin los socialistas, desde ya hay que tender puentes con la corriente de izquierdas de los socialistas, estén o no en el PSOE. Lo que nos lleva a la principal tarea a abordar en la actual situación de *recomposición* del pacto *neoliberal-socialdemócrata*.

Lo primero es partir del lamentable hecho de que la derecha va a seguir gobernado, que volverán a producirse dolorosos *recortes*, que estos *ajustes* volverán a recaer principalmente sobre los trabajadores, y que el PSOE actuará como *colaborador necesario* a cambio de algunas concesiones que no afectan al sistema productivo, cubiertas con el manto sagrado del interés de España. (Pacto por la Educación, Ley mordaza, reajustes en las reformas laborales, ligero incremento en la dotación presupuestaria para las prestaciones sociales, etc.) El *palo* y la *zanahoria*, pues, ciertamente, el *interés nacional* exige un PSOE fuerte para la estabilidad del sistema con una elevada *dependencia sensitiva* a las condiciones generadas por la crisis.

Es urgente que se resuelvan los debates internos en IU, Podemos, Marea, En Común, ecologistas, etc., para poder plantearse un proceso de *confluencia* entre todos los *agentes políticos* que tienen un *horizonte socialista*. Solo entonces se podrá abordar un diagnóstico *común* de la actual *coyuntura*, y plantearse la acción política coordinada frente al *recompuesto* pacto *neoliberal-socialdemócrata*. Porque lo mismo que el mecánico que ignora la suciedad de las bujías no será un buen profesional, el *agente político* que desconozca la verdadera *correlación de fuerzas* en la lucha terminará siendo un fracasado. Y con el, sus representados, los que le apoyan y votan para que *optimice* su fuerza sin *disiparla* por

planteamientos erróneos.

Aceptar el desafío, preparar el futuro

Estamos ante nuevo *ciclo histórico*, iniciado en los primeros años del siglo XXI, e intensificado por la gran crisis *sistémica* de 2008, cuyas *avalanchas destructivas* ha *desactivado* el eficaz pacto *neoliberal-socialdemócrata* que sustentó los años dorados del capitalismo post bélico, y permitió a los trabajadores conquistar el *Estado del Bienestar*. Ahora intentan *reformularlo*, como antes lo hiciera Tony Blair con su *Tercera Vía*, aún a costa de generar una grave crisis en el PSOE. Pero ya nada es igual. Porque el capitalismo desarrollado necesita algo más que el *bipartidismo* para sustentar un edificio en crisis que afecta a todos sus pilares. Por eso se inclina cada vez más por soluciones *autoritarias, xenófobas, y ultranacionalistas*, de raíz *populista*, de las que España se ha librado hasta ahora al estar vacunada por la dictatorial experiencia franquista.

No nos engañemos, la cabeza de Pedro Sánchez es el preludio de una contraofensiva en toda regla. Sería bueno que, en el debate de la izquierda, se tuviera en cuenta el grave error *táctico* de *no abstenerse* en la investidura de Pedro Sánchez. No solo le costó casi un millón de votos a UP, sino que desató la operación *derechista* de los barones, encabezados por la meliflua *aparatchi* Susana Díez, muñidora de la *decapitación* de su Secretario General desde su fortaleza andaluza, la única autonomía que resiste la paulatina descomposición de un partido incapaz de *redefinir* su papel ante la nueva etapa histórica sin *desgarrarse*.

Ante esta situación, la salida desde la izquierda es articular una gran *CONFLUENCIA SOCIALISTA* que ofrezca soluciones de *transformación* estructural en el ámbito de la economía, de la política-institucional, y de la participación ciudadana, como: banca pública, sistemas de financiación alternativa, potente sector público en áreas de interés estratégico socioeconómico (transportes, energía, comunicaciones, industria vinculada a la salud, etc.), impulso al *cooperativismo* y otras formas de economía colaborativa, obligatoriedad de verdaderas *primarias* en la elección de candidatos para el poder local, autonómico y estatal, derecho de *revocación* a todos los niveles representativos; protección legal de las *formas estatales externas de democracia participativa, deliberativa y directa*, reforma constitucional que aborde el problema territorial y contemple la *posibilidad reglada de separación*, reconocimiento constitucional de los *derechos sociales* junto con los políticos y humanos, efectiva *igualdad de género*, armonización del sistema productivo con la exigencias de respeto y recuperación del *medio ambiente*, políticas de promuevan una verdadera *igualdad de oportunidades*, etc. Porque de nada le sirve a un ejército tener una excelente logística si carece de estrategia. Y, para que dicha **confluencia** sea posible, hay que irse olvidando la *religiosa* pretensión de un *partido guía infalible*. La *armonía platónica* es una aspiración *religiosa*, una peligrosa muestra de superstición política. Como decía Mandelbrot, creador de la geometría fractal, las nubes no son esferas, los montes conos, ni el rayo fulmina en línea recta. El *socialismo*, o es una obra colectiva o no será... como la historia ha sentenciado inapelablemente. Carecemos de *certidumbres* absolutas, salvo de la urgente necesidad de intentarlo.

Pongámonos a ello.

[Ver el artículo en la web](#)